



NCM. 41. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 7 DE OCTUBRE DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO IV. un año 7 pesos. — AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



Después de la derrota de las tropas de Lamoriciere ha venido el sitio y toma de Ancona, y el ejército de Victor Manuel se ha estado por todos los Estados Romanos sin hallar resistencia. Con Lamoriciere se rindieron los últimos siete mil hombres que quedaban de los veinte mil que este general ha-

bia reunido: solamente Roma y Civita-Vecchia con sus arrabales respectivos subsisten en poder de Su Santidad, guardadas por tropas francesas. Esta guarnición francesa á consecuencia de una orden reciente del emperador, se ha aumentado con una division mas, si bien los periódicos órganos del gobierno vecino, aseguran que las tropas de la Francia no se emplearán sino en la custodia de la sagrada persona del papa. Es cierto el rumor que mencionamos en la semana pasada de que se habia propuesto á Pio IX por algunos de sus consejeros que abandonase á Roma; pero sobre la resolucion que adoptará Su Santidad nada de positivo se sabe todavía, siendo las aseeraciones que se hacen contradictorias. Quizá nos lo diga la alocucion pronunciada últimamente en consistorio secreto y cuya publicacion se espera de un momento á otro. Las tropas de Garibaldi han experimentado algunos descalabros delante de Capua, segun los partes telegráficos recibidos de Nápoles. Las tropas piamontesas se dirigen al territorio napolitano y Garibaldi ha anunciado en una orden del día á las suyas la próxima llegada de estas fuerzas, de las cuales hace grandes elogios. Victor Manuel ha salido de Turin en medio de las mayores aclamaciones de entusiasmo, ha visitado á Bolonia y Ancona y se cree que irá tambien á Nápoles. La escuadra que ha sitiado á Ancona, una vez tomada esta plaza, se dirigirá segun todas las probabilidades á Gaeta, la cual sitiada por mar de esta manera no puede resistir largo tiempo. Con la entrada de los sardos y de Victor Manuel en

Nápoles tendrán término, á lo menos por ahora, las dimensiones de que se ha hablado, tal vez con exageracion, entre el gobierno de Cerdeña y el general Garibaldi.

Abierto el parlamento de Turin, el ministerio ha pedido una declaracion de confianza y ha dicho que seria una imprudencia en las circunstancias actuales atacar el Véneto, y una monstruosa ingratitud atacar á Roma mientras la guarden las tropas de Francia. Parece, pues, que el Véneto no será por ahora atacado.

En Hungría continúa la agitacion: el gobierno ha suspendido la apertura de las universidades y ha mandado prender á muchos personajes de importancia mas ó menos conocidos por sus opiniones liberales. El Consejo del Imperio en Viena se ha disuelto sin acordar nada; y la situacion, como decirse suele, es cada dia mas tirante. Si nos fuera licito aventurar alguna conjetura, diríamos que desde Italia el primer punto á donde se propagará la revolucion será Hungría. Los húngaros saben el camino de Viena, y en su país es donde puede decidirse la suerte de Venecia.

Las conferencias de Varsovia, que debian celebrarse el 8 de este mes, se han aplazado para el 20 por dos razones poderosas y especiales que atañen al emperador de Rusia: la una es que la czarina, que se halla en estado interesante, no ha parido todavía y se espera que salga de su apuro antes del 20: sin que este acontecimiento se verifique, las conferencias de Varsovia no pueden tener lugar. La segunda razon es que el czar tiene que asistir un dia de estos á una cacería de osos, y mientras se cazan osos no se puede conferenciar de política. Los osos y la política son verdaderamente incompatibles. Sin embargo, los periódicos han dicho que en las conferencias aplazadas para el 20 no se redactará ningun tratado: no se hará sino una esposicion por parte de cada monarca acerca de su manera peculiar de ver la situacion europea, y sobre todo no se tomará ningun acuerdo que aparte á los interlocutores de la buena amistad y armonia en que están con Inglaterra. Si esto es cierto, el proyecto de resurreccion de la Santa Alianza ha fracasado.

Hasta ahora no se han confirmado los desastres de China de que hablamos en la revista anterior. De Méjico nos dicen que el señor Pacheco, embajador del gobierno español presentó al fin sus credenciales al presidente interino de la república, y quedó admitido á ejercer su encargo. Créese que se trata de proponer una mediacion colectiva con los Estados-Unidos, Inglaterra y Francia para acabar con la guerra civil que destroza aquel hermoso país. Mucho celebraríamos que ya fuese por acuerdo

de las partes beligerantes, ya por los esfuerzos combinados de las potencias, se pusiese término al estado miserable en que aquella nacion amiga y hermana nuestra se encuentra.

El viernes 5 era el dia señalado para la salida de la corte de Barcelona. Durante su estancia en aquella capital y sus visitas á Sabadell, á Tarrasa, y Monserrat los obsequios no han cesado. La fiesta que el 26 se dió en los Campos Elíseos fue magnífica á juzgar por las siguientes líneas que el cronista de quien tomamos estos datos escribe á un diario con fecha 27:

«La opulenta y ostentosa fiesta que hubo ayer en los Campos Elíseos, llenaba de admiracion á los que en la capital del vecino imperio y en otras populosas córtes han presenciado los mas grandes festejos. El vasto círculo de aquellos jardines, cuyos limites lejanos formaba el alumbrado que como una guirnalda llameante y gigantesca flotaba al aire en mágicas y sorprendentes combinaciones, prestaba encantos fantásticos y de naturaleza desconocida á los deliciosos parajes de aquel deslumbrante recinto, en el que se levantaba debajo de valientes y ricamente decorados arcos, el trono de la reina, y á su frente dilatados y anchos tableros cubiertos de alfombras y sinnúmero de asientos, que se perdian en lontananza, y que ocupaban mas de ocho mil convidados, con la circunstancia de que no estaban en minoría las mujeres hermosas y elegantes que se multiplicaban doquier que se tornaba la vista.»

Otro cronista de un periódico barcelonés dice:

«Para que las personas que en la noche de ayer no se encontraban en Barcelona se formen una idea de la esplendidez del festejo, bastará decirles que todo el paseo de la Rambla, desde Atarazanas hasta la ex-puerta de Isabel II, se hallaba iluminado, segun oimos asegurar, por mas de cuatrocientas mil luces de gas, colocadas en grupos formando espirales, jarros, palmeras y escudos de armas, ya sobre los candelabros de los faroles que se habian retirado oportunamente, ya sobre varios aparatos fijados entre aquellos espesamente para el indicado objeto.»

»Y como para formar contraste entre la pálida, pero diáfana luz que despedían esa innumerable multitud de mecheros de gas, presentábase un cambio completo de decoracion con la iluminacion adoptada para el espacioso paseo de Gracia en el que, á breves pasos de distancia unos de otros, formaban una bellísima y pintoresca perspectiva otros grupos de luces de colores, formando tambien fantásticos y delicados dibujos, descollando entre

ellos algunas altísimas palmeras y hermosos rosetones. »Como todo estaba hábilmente preparado para que la carrera que desde Atarazanas debían recorrer SS. MM. presentase una ilusión gradual y progresiva, realzada por el prestigio de nuevas combinaciones, la entrada del establecimiento estaba decorada con varios arcos y grupos de banderas españolas, y toda la ancha calle que atraviesa los jardines y cuyo piso estaba alfombrado, presentábase engalanada con líneas y grupos de luces, arcos de verde follaje, grupos de escudos, pendones, banderas y grandes jarrones sostenidos por pedestales de elegantes proporciones. Al extremo de esta calle aparecía la espaciosa escalinata que daba entrada al palco regio.

»En la primera meseta de la misma veíanse dos figuras de leones de formas colosales, las columnas del *Non plus ultra* y dos esbeltas palmeras de luces de gas. El palco estaba situado en la gran plaza, al extremo opuesto del salón y frente del mismo: una escalinata que partía desde el asiento del regio trono destinado para S. M. y su augusto esposo comunicaba con el anchuroso ámbito destinado para los espectadores que, según el número de esquelas repartidas, debía ascender á seis mil. El resto de los jardines estaba escasamente iluminado por líneas de vasos de colores y faroles en forma de flores, produciendo empero buen efecto la perspectiva del puente sobre las oscuras aguas del lago y muy especialmente la de la pajarera en la que aparecían trazados por centenares de luces varios escudos de armas.»

El 27 visitó la corte el vasto establecimiento de la *España Industrial*, y el 28 se verificó la visita á Sabadell, el Manchester de España, como le llama un corresponsal. En el mismo día se celebró la adjudicación de premios establecidos por la Sociedad Económica en favor de los obreros que mas se han distinguido por acciones virtuosas; y por la noche hubo baile en el Casino barcelonés espléndidamente adornado é iluminado.

El 29 las reales personas visitaron los templos mas notables de la ciudad y el 30 salieron para Monserrat, regresando al día siguiente. El 3, como hemos dicho, debió salir la corte de Barcelona pernoctando en Lérida.

En Madrid se ha abierto desde 1.º del corriente en el ministerio de Fomento la Exposición anual de Bellas Artes, que estos primeros días ha estado muy concurrida. EL MUSEO reproducirá cuadros notables de esta exposición, como tiene de costumbre y la juzgará en artículos especiales. Por ahora solo diremos que nos complace ver cómo los artistas, á pesar del poco estímulo que tienen, adelantan cada vez mas y cómo las exposiciones en su conjunto van siendo cada año mas importantes y notables. Según el Catálogo este año son trescientas trece las obras espuestas y ha habido que habilitar dos piezas mas de las destinadas en el año último para esta solemnidad artística.

El martes se abrió el teatro de *Oriente* con la ópera de Verdi titulada *Las Vísperas Sicilianas*. La Dejean fue aplaudida, sobre todo en el bolero del acto quinto. Fraschini tiene buen método y buena voz, pero dicen que se hallaba indispuerto: por eso sin duda lo hizo mal, en lo cual le imitó Giraltoni. Inaugurar el teatro cuando el tenor y el barítono están indispuertos no nos parece el mejor método de hacer inauguraciones. La ópera fue puesta en escena con lujo: las decoraciones de los actos primero y último gustaron mucho.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ROMA EN 1860.

OJEADA DE ACTUALIDAD.

I.

La lectura de los clásicos que alimenta nuestra imaginación en el colegio, apenas hemos salido de la niñez, poblándola con las ciudades y los héroes del Lacio; el estudio de la legislación romana que hacemos en la juventud, con preferencia al derecho pátrio, no nos dan, sin embargo, idea cumplida de la existencia del pueblo-rey, no son mas que un aliciente y un elemento para visitar la ciudad eterna: mil viajeros, ¡y qué viajeros! Chateaubriand y Lamartine en nuestros días, han hecho de ella magníficas descripciones que todos hemos recorrido con avidez en edad madura; y, sin embargo, nadie puede apreciar bien ni las leyes, ni los clásicos, no buscando su interpretación en Roma; nadie deja de encontrar impresiones que añadir á las de tales viajeros, si la suerte le lleva á la ciudad inmortal, que tantos y tan especiales medios tiene de conmover el corazón y cautivar el ánimo. Las cañas que crecen á las orillas del Tíber murmuran al oído del forastero los nombres de Rómulo y Remo; los arcos de triunfo, las columnas, las estatuas, le dicen lo que no ha aprendido en la historia de los héroes y de los acontecimientos, á cuya memoria fueron erigidos; todo, hasta los capiteles que ruedan por el suelo, le sugieren un pensamiento nuevo; todo, hasta las lápidas rotas que sirven de pavimento, son á los ojos del extranjero verdaderas reliquias, reliquias tan elocuentes, que despues de haber hablado tanto á los hombres, pro-

meten continuar diciéndoles muchas cosas mientras el transcurso de varios siglos no las reduzca á polvo.

Pero la Providencia ha colocado aquel tesoro á donde no es posible llegar sin un largo y penoso rodeo, ó sin surcar las ondas del Mediterráneo; ha querido que el viajero tenga, como preparación de su visita á las ruinas elocuentes del imperio que mas eterno se ha creído en el mundo, á la capital de un culto, que no se robustece penetrando en los soberbios palacios de los que sustituyen ó á los doce pobres propagadores de las máximas sublimes del Evangelio, la contemplación del cielo, que el Autor del universo mantiene inalterable desde la creación, retratado en el plano inconmensurable del mar, otro reflejo de su omnipotencia; ya tranquilo con sus altas olas azules y transparentes, dejando ver en lontananza islas que parecen naves flotantes de color de lila, ya agitado por el huracán que columpia al navegante, rociándole con la espuma del agua salada que va á quebrantarse en la costa, resonando en las montañas como el eco del trueno, ya dándole en suerte, como al Autor de estas líneas, sentir conmovida el alma con una tempestad al dirigirse á Roma, para tener al dejarla la dulce impresión de una postura de sol sobre el cielo azul de una tarde apacible, y despues la tibia luz de una luna clara, plateando las aguas en noche serena; doble espectáculo que en las costas de Italia paga con usura las molestias de la navegación.

Pero no me propongo referir mi caminata prodigando *el yo* del viajero, capaz de hacer odioso al mismo Colón, ni referir como se va á Roma á la manera que lo hacen las guías y los itinerarios, ni siquiera añadir una descripción metódica á las infinitas con que habrá tropezado el lector: estos artículos no son una relación mas de Roma, no son siquiera los apuntes inconexos de un viajero, son menos que todo eso; los sucesos añaden un interés de actualidad al interés permanente de la gran ciudad; en ella piensa hoy todo el mundo; estos artículos son la conversación de un caminante, cubierto aun del polvo de la ruta, que habla ¿de qué? El mismo no lo sabe cuando escribe estas palabras: de la Roma de 1860, de su estado actual, del carácter de aquel pueblo, de los recuerdos que se presentan á su imaginación mientras esté hablando, de cosas inconexas, con las cuales lo mismo podría hablar una hora que un año, hacer un artículo ó varios, un libro ó una obra de diversos volúmenes.

El extranjero que penetrado de amor y admiración al arte y á la antigüedad, se acerca por primera vez á la ciudad, otro tiempo gloriosa, procura no perder el menor detalle que satisfaga su ansia de observación desde que pone el pié en el país que desea conocer y mira aquella tierra calcinada como una vasta página de la historia del mundo; aquellos montecillos aislados, que encuentra aquí y allá, representan á sus ojos la cifra de otros tantos capítulos del gran libro del universo.

Desde muy lejos, luego que pasa el canal Piombino y deja á la derecha la isla de Elba y ve el peñón de Monte-Cristo, verdadero nido de contrabandistas, distingue los contornos del puertecillo, desmantelado y sucio, que debe recibirle; de Civita-Vecchia, población vieja en efecto, como que es anterior á Trajano, rodeada de antiguas murallas y castillejos inútiles, sobre los cuales ondea la bandera blanca de San Pedro; nuevas fortificaciones, que levanta la guarnición francesa, dependiente del cuerpo expedicionario, estacionado en la capital, están llamadas á asegurar aquel lazo de comunicación entre Marsella y Roma, cercando un caserío miserable, unas callejuelas tortuosas é irregulares, tan faltas de policía urbana como sobradas de polizontes.

Pero la mala impresión que produce en el extranjero el aspecto material de la primera población de los Estados Pontificios, no merece mencionarse al lado de la que han de ocasionarle las molestias que le esperan. A bordo aun le piden el pasaporte, que ha de ir visado por todos los embajadores y encargados de negocios de los diversos Estados de Italia á donde haya de dirigirse, y despues de confrontar las señas con el original, le dan en cambio una papeleta para que desembarque y otra papeleta que sirve de pase á su equipaje hasta la aduana pontificia, para donde se le cita y emplaza. Desde este momento el viajero no se pertenece á sí mismo; pertenece á los gendarmes, á los aduaneros, á la policía, á los holgazanes y á los mendigos, en cuya amable compañía debe prepararse á pasar un par de horas, cuando menos; la lancha que pisa y que paga, no muy barata por cierto, no obedece sus órdenes, obedece á la policía, que la manda arribar á una estrechura de aquel pretendido muelle, donde por una escalera repugnante de cuatro piés de ancho, llega á pisar la tierra prometida; su imaginación no le pertenece tampoco, pertenece á la policía, que la ocupa pidiéndole á los dos pasos el salvo-conducto canjeado por el pasaporte y el pase para el equipaje; pertenece á la chusma de truanes que interrumpen la posición horizontal en que pasan la mayor parte del día, para apoderarse del equipaje del extranjero y proporcionarle y distribuirle hasta lo infinito, de modo que rota la cuerda de un bulto compuesto, por ejemplo, de un paraguas y un baston, resulten dos piezas en vez de una, si es que no se les ocurre partir el baston por mitad con el objeto de que tres ganapanes puedan alegar derecho á tres paños.

Así escoltado llega el viajero á la aduana pontificia, especie de portal desaliñado y poco limpio, donde debe encontrar el malhadado equipaje, si no le han robado

en el tránsito, lo cual depende únicamente del cuidado que haya puesto en no perderle, como que en los Estados Pontificios las empresas de trasportes, declaran en sus *resguardos* que no responden de lo que se les entrega y que el interesado tiene la obligación de vigilar sus efectos, sino quieren quedarse sin ellos.

En la aduana espera á la víctima un buen rato, tan bueno, que debía estar rezando para los proteccionistas, para los enemigos del libre cambio; aquel mezquino portal obraría mas conversiones que todos los congresos, todos los discursos y todos los escritos de todos los economistas del mundo. Lo primero que os preguntan es si lleváis libros. ¿Los lleváis? Es preciso conocer primero vuestro gusto literario y acomodaros despues al de la policía, que es gusto difícil: ¿os agradan obras políticas? ¿obras religiosas? ¿obras de imaginación? ¿os placen los libros pensadores? Renunciad á vuestro gusto mientras estéis en aquel suelo, el Índice espurgatorio se interpone entre vuestros ojos y vuestras aficiones, todo lo comprendido en él desde la formación de tan copioso catálogo es contrabando y la mayor parte de lo que, sin constar en él, lleva el nombre de autor en él comprendido por otro título; es decir, todo ó casi todo lo que puede interesaros, si no sois prior esclaustrado ó chantre y aun en ese caso, ciudad de que vuestro Breviario sea edición legítima, es decir monacal; allí se juzga por los autores y no por las obras, por el lugar de la impresión y no por el texto: ¿habéis hecho apuntes de viaje? La policía desea conocer vuestras apreciaciones inéditas y se queda con ellas como con los libros: ¿lleváis estampas? También gusta la policía de revisarlas y suele no estar de acuerdo con vuestra afición artística. Aquí concluye la policía y empiezan los aduaneros: ¿lleváis ropa nueva? ¿lleváis alhajas que no parezcan viejas? ¿lleváis alguna curiosidad de la industria francesa? ¿lleváis provisiones de boca? ¿lleváis en suma algo de alguna cosa? Todo es contrabando en un país que no tiene manufacturas, solo vuestra ropa usada está libre de la sospecha de importación peligrosa. Terminada esta primera *Visita di equipaggio*, de vuestros bolsillos y de vuestros gustos, de vuestras inclinaciones y de vuestros pensamientos, apresuraos á poner plomos en las maletas; es verdad que la *dogana di Roma* es la mas cara de Europa, pero no reparéis, sino queréis que la escena se repita, y daos por contento cuando leáis en un colgajo de plomo: *Civita-Vecchia* 1825: ni os sorprendáis de aquella fecha, pasada hace treinta y cinco años, ¡cuántos atrasos muchos mayores os esperan en el corazón de aquel país que vive de lo pasado!

Os falta llenar nuevas formalidades: teneis aprobado vuestro equipaje pero no teneis aprobada vuestra persona; es preciso trasladarse al otro extremo de la población para hacer una visita á la policía, que despues de contemplar atentamente vuestra fisonomía, como si fuera á retrataros, os devuelve el pasaporte, manchado con algunos garabatos y algunos sellos ininteligibles, previo el pago correspondiente. Esta oportuna colocación de la aduana y la inspección de policía en dos extremos de Civita-Vecchia, diametralmente opuestos, no puede tener otro objeto que ofrecer espacio suficiente para que estén diestramente escalonados los innumerables mendigos que cierran el paso al viajero á la ida y á la vuelta por aquel forzoso calvario, hasta que coronen la obra que emprendieron los aduaneros y continuó la policía, de dejarle el bolsillo completamente limpio de cuantas monedas cambiadas le ocupen: esta limpieza que tan mal se aviene con tanta suciedad, tiene sin embargo una ilación lógica.

Terminadas tantas faenas, podeis disponer de vuestro individuo, por supuesto con ciertas limitaciones; podeis pensar en alimentaros y en descansar hasta la hora de partir el tren; pero cuidado con la fonda donde entráis, sobre todo si una patilla rubia ó un rasgo cualquiera de vuestra figura, puede dar idea de que sois inglés y os señala á la rapacidad de aquellas gentes que como no pocas de Roma viven recogiendo libras esterlinas. Huid, aunque hayais entrado, si el camarero os llama *milord* porque estais perdido: en Londres y en las orillas del Rin, hemos pagado nosotros cuentas que no son para olvidadas, aunque diéramos al olvido lo confortable de aquellos hoteles, pero en ninguna parte nos han hecho pagar por el agua, y la tohalla para lavarnos y por el ruido, mas que en una fonda muy mediana de Civita-Vecchia.

No es este pueblo mansion que retenga al extranjero; pronto se decide á aprovechar el primer convoy del ferrocarril que conduce á Roma: mas apenas pone el pié en la calle para llevar á efecto su resolución, cuando se ve rodeado de una docena de mozos que le adivinan el pensamiento preguntándole:

—¿Tiene *ella* (este *ella* es la señoría del viajero) necesidad de un carretero para la *Strada-Ferrata*?

Si el viajero contesta afirmativamente, doce voces pronuncian á la vez las siguientes palabras:

—A nadie podía dirigirse mejor que á mí, que tengo medio de llevar todo el equipaje que *ella* traiga.

El viajero escoge con la vista uno de aquellos perdidos y por toda contestación manifiesta su maleta y su saco de noche.

—No importa que no tenga mas que eso, observa el elegido, así irá mejor; fortuna ha tenido *ella* en tropezar: conmigo; otro lo hubiera rozado con los demás equipajes.

El viajero pregunta el precio del transporte.

—¡Hace un sol! esclama el truhan, ¡y luego hay un polvo en ese camino! Un hermano mio cegó el año pasado de resultados de una insolacion y yo mismo estuve para morir de un ataque á la garganta á causa del polvo que tragué la semana anterior.

... Me dará... tres paulos...

—Traed la carreta.

—Dentro de un minuto.

Pasa media hora y el viajero no vuelve á echar la vista encima á su hombre; cuando se va apoderando de él la impaciencia, se le presenta otro y le pregunta:

—¿Tiene ella necesidad de una carreta para la *ferro-via*?

—No; ya tengo una.

—Es la mia, la que ella ha alquilado.

—No: la he ajustado con su dueño.

—Su dueño! ¡si es mi criado! hace tiempo que debia haberle despedido á puntapiés por sus faltas; temiéndome lo que pasa vengo á tratar seriamente con ella.

Nueva conversacion, nuevo exámen de la maleta y del saco, nuevas felicitaciones por la fortuna de haber dado con el que habla, que llevará el equipaje sin estropearle, nuevas observaciones sobre la intensidad del sol y la espesura del polvo, historias lastimosas ocurridas á otros compañeros, resumen: un pedido de cuatro paulos.

El viajero acepta á condicion de marchar en seguida; el hombre ofrece volver antes de un minuto: al cuarto de hora aparece, pero sin carreta, que no llega hasta despues con veinte maletas y baules; el equipaje tiene colocacion á un costado, en el cual le va rozando la rueda; el carretero se mete entre las varas y tira á buen paso camino de la estacion: allí espera el primer carretero para pedir los tres paulos convenidos en el primitivo ajuste, alegando que cuando fué á buscar el equipaje no estaba ya y que ha perdido otra carga, al propio tiempo que el de la carreta en ejercicio reclama por supuesto los cuatro paulos del ajuste posterior: el viajero discute, los carreteros cuestionan y gritan, de los gritos pasan á ese creciendo de juramentos, que un observador ha clasificado de este modo: ¡Vergogna! ¡Per Bacco! ¡Per Dio Santo! última palabra de la progresion, tras de la cual vienen el puñal ó el garrote, segun las personas y las situaciones, hasta que apremiado el extranjero por el silbato de la locomotora, achicharrado por un sol horrible y envuelto en una nube de polvo, arroja á aquellos individuos cinco paulos, amenazándoles con abandonarles, si no están contentos, un equipaje que tantas tribulaciones le va ocasionando desde que entró en aquel país. Entonces los dos se deshacen en sonrisas y reverencias y dicen á la vez:

—Ella es muy generosa, que el cielo y San Juan Bautista la conserven.

Tras de esto, cincuenta pilluelos toman por asalto los bultos de la carreta, para llevarlos á la estacion; entáblase entre ellos una lucha, los mas fuertes se apoderan de los efectos, no sin el deterioro consiguiente á los tirones que sufren, y corren á cerrar al viajero la entrada al despacho de billetes, mientras no les pague.

Nos hemos detenido en estas escenas, que con variantes, de forma pero no de fondo, tienen lugar en Civita-Vecchia muchas veces por dia, para que se empiece á juzgar el carácter de aquel pueblo y la contestacion desagradable á que debe prepararse todo extranjero desde que ponga el pié en los Estados Pontificios hasta que salga de Roma, donde si se ajusta previamente un coche de alquiler tiene un precio y otro si se paga sin haber ajustado; donde si no se establece con el cochero la hora en que se alquila, hay muchas probabilidades de que sostenga despues que fue una ó dos antes de la verdadera; donde cada contrato, por insignificante que sea, es un lazo tendido por la mala fe y cada momento un peligro para el bolsillo.

Natural es que una vez en la estacion no creais necesario otra cosa que acercaros al despacho de billetes para tomar vuestro asiento: ¡equivocacion! Para acercaros á la ventanilla del despacho, teneis que pasar por las horcas caudinas de otra ventanilla, donde se dibuja la faz mas ó menos graciosa de un dependiente de la policia, que os exige el pasaporte y que por tercera vez en el espacio de tres horas, á vez por hora, estudia vuestra fisonomia confrontándola con las señas: terminada esta nueva investigacion, se guarda el pasaporte para remitirle á la policia de Roma en el tren que ha de trasportar vuestro individuo y os da una papeleta, impresa con tinta de color de sangre, en la cual se os manda comparecer en la oficina de vigilancia de Roma, en el Monte Pincio, dentro de las veinte y cuatro horas de vuestra llegada, advirtiéndoles las penas que incurris si olvidais el encargo: con la papeleta que prueba la entrega del pasaporte (1) y da el derecho de moverse, podeis por fin acercaros al despacho de billetes y tomar vuestro asiento.

El convoy se pone en marcha por una playa baja y pedregosa, siguiendo á pocos pasos de distancia los contornos de la costa, teniendo á la derecha las ondas del Mediterráneo y á la izquierda pequeñas colinas, sin otra vegetacion que yerba corta y amarilla y algunos arbustos raquíticos: en aquella comarca por todas partes señalada con las huellas de los que fueron señores del mundo, con los pasos de ejércitos formidables que llevaron las águilas

romanas á todos los confines del continente, apenas se ve tal cual habitante cubierto de harapos, apenas hay indicios de que no se atravesase un desierto; allí en un país meridional, con un suelo fertilísimo, con un sol como de Italia, apenas se ve la señal del arado; toda la estension que se descubre yace inculta; de tarde en tarde se distingue tal cual vieja torre construida en pasados siglos para defender el país de los piratas de Berberia, destinada ahora á vigilar á los contrabandistas, ó tal cual miserable vivienda medio horadada en la tierra, herméticamente cerrada, con algunas varas de cultivo alrededor, con alguna viña que ostenta su vegetacion lozana, como para indicar lo que seria aquel país si no pesase sobre él una especie de maleficio, condenándole á permanecer así, con sus colinas místicas y despobladas, sin casas ni árboles sin mas vegetacion que malezas, sin terrenos sembrados, ni una señal de animacion y de vida que distraiga al viajante de la dolorosa atonia que domina en los Estados Romanos.

No hay que esperar un solo pueblo de Civita-Vecchia á Roma; la agrupacion de cuatro ó seis casas de pescadores, da pretexto para las estaciones del ferro-carril, en las cuales vienen casi siempre á alimentar las tristes reflexiones del viajero acerca de la suerte de aquel país, (sobre el cual parece que pesa la maldicion del profeta: *Venient tibi duo haec in die una subito, sterilitas et viduitas*) la ya estraña compañía de un par de frailes franciscanos, que se le colocan al lado prefiriendo un cómodo wagon al medio de locomocion usado por el fundador de la orden, ó la aun mas estraña de algun monseñor de zapatos con hebilla de plata, media de seda, calzón corto, traje elegante y sombrero de anchas alas, colocado en frente, que aun despues de calcular que no es un seglar, no podeis decidirlos á creerle un eclesiástico. Este público estraño, da un carácter especial á la *ferro-via centrale di Pio LX*, que ofrece ademas otras singularidades. No hay que embobarse haciendo reflexiones sobre aquellos santos varones, no hay que entregarse á la confianza individual que inspira un ferro-carril, no hay que perder de vista desde que se entra en los Estados Pontificios, que si se halla uno en el territorio cabeza del catolicismo, se halla uno tambien en el país maestro de los cacos. Prescindiendo del peligro de los robos en detall, muy frecuentes, correis el peligro de ser robado en comandita á mano armada. ¿Caminando en ferro-carril? Si señor, caminando en ferro-carril, ni mas ni menos que si caminárais por España, caballero en una mula, acompañado de un fraile, en aquellos benditos tiempos en que la seguridad pública estaba confiada á la inquisicion por medio de la Santa Hermandad. No ha mucho tiempo que algunos ladrones sorprendieron ó conquistaron á un empleado en el camino de hierro, hicieron la señal de peligro en la via, detúvose el tren y llevaron á cabo el golpe de mano con la mayor tranquilidad, sin que ni un solo compañero de los que tantas veces os piden el pasaporte y os miden de piés á cabeza, viniera á interrumpirlos en aquel desierto, por el cual corria la locomotora, poco despues aligerada de las alhajas y dinero que contenian bolsillos y equipajes. Los ladrones no se llevaron la máquina y los coches, porque aun no está resuelto satisfactoriamente el problema de la locomocion al vapor por los caminos comunes.

El terreno siempre inculto, siempre desierto, agostado y silencioso, comienza á tener mayores ondulaciones, mayores accidentes que han producido grandes desmontes para la continuacion del trayecto: al salir de uno de ellos, siguiendo una serie de curvas por entre cortaduras de ochenta á cien piés de elevacion, se descubre á lo lejos la planicie de Roma y no muy distante la poblacion misma, dominada por la cúpula majestuosa de San Pedro, única señal que puede dar al viajero la certidumbre de que se acerca por momentos á la ciudad de las ciudades.

Una vasta estension assolada por el hábito de la *mal'aria*, que diezma los pocos habitantes respetados por la miseria, algunos pinos que se divisan en las alturas allá en lontananza, con su verde casi negro, dehesas separadas por groseras vallas de palos en las cuales pacen bueyes de larguissimas astas y búfalos que repelan los chaparros y las retamas, y algun pastor que guarda el ganado, tal es el paisaje embellecido otro tiempo por las villas epicureneas en que los poetas iban á gozar y á entregarse á las inspiraciones de la poesia, á la sombra de bosques perfumados y en los jardines regados por las cascadas: tal es aquel paisaje vacío, de una severidad de una tristeza y de un silencio imponente; nada revela la proximidad de la capital, ni la campiña, ni las quintas, ni los jardines, ni las fábricas, ni la circulacion de personas y de carruajes; el viajero duda si el vasto panorama que tiene á la vista, si la inmensa agrupacion de piedras que tiene delante, es la perspectiva de una ciudad mitad muerta, cierto es, pero mitad viva, ó si es el inmenso cementerio de una poblacion enterrada en masa; si se halla á las puertas de Roma ó va á penetrar en Pompeya ó Herculano,

Triste idea formaria de los paisajes de Italia quien los juzgara por aquella planicie sin vida, por aquellos terrenos privilegiados que en su mayor parte no toca la mano del hombre, que aun en la pequeña porcion cultivada, por la incuria y la ignorancia distintiva de aquel pueblo no reciben jamás el alimento de los abonos, como que en Roma constituye una industria la limpieza de ellos

para arrojarlos al Tiber. El habitante de la ciudad, que durante el verano se arrastra por las calles como si fuera á dar el último suspiro y se pliega á la línea de las casas para no perder una pulgada de la sombra que proyectan en la via pública, se guarda muy bien de salir de la poblacion para participar de los sufrimientos que se experimentan en la campiña, desnuda de arbolado, donde el aire que se respira parece compuesto de azufre y fuego, donde insectos nocivos atormentan cruelmente al que está condenado á vivir en aquella tierra abrasada. Aquel terreno incomparable cuando se desplegaba en él la actividad de los primeros romanos, lleno de casas de campo habitadas por los mas ricos, invadido despues por la poblacion esclava, que con su pereza fue descuidando el cultivo, abandonando el arbolado, dejando desarrollarse las influencias pestilenciales, y en manos ahora de un pueblo mas perezoso aun, que á aquellos males ha agregado la falta de desagüe de las lagunas Pontinas, ha ido acarreado tan deplorable estado.

El trayecto de Civita-Vecchia á Roma es digna via de la gran tumba en que uno va á encerrarse, es una preparacion propia de las impresiones que se reciben dentro de la ciudad. No es allí donde el extranjero, nacido en ásperos climas, ha de encontrar la bella Italia de los poetas, con su dulce brisa, con sus sauces y sus manzanos esparcidos en prados aromáticos, con sus bosques de olivos y de magníficos naranjos sombreando los caminos; aquello tiene mas aire de infierno que de paraíso; allí se identifica uno mejor con el desierto de Sahara que con el jardín de Europa.

Pero con ser largo el viaje, molesta la navegacion, incómoda la policia, insoportable la aduana, insufribles los truanes, pesados los mendigos, desagradable la compañía de franciscanos, temibles los ladrones y tristísimo el paisaje, todavia debe contar el extranjero, entre los mas notables de su vida, el dia que penetrando en Roma va á sentarse en las gradas del Coliseo, á pasar bajo los arcos de Constantino, de Tito y Septimio Severo, para subir al Capitolio, en que va á recorrer la Via Appia y á tocar las cenizas de las ánforas del Columbarium y á abrir en el panteon de Agripa las mismas puertas de bronce, que las manos de tantas generaciones han hecho girar en el trascurso de veinte siglos.

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

CARACTERES DEL ARTE, Y ESPECIALMENTE DE LA PINTURA, EN LOS DIFERENTES SIGLOS DE LA EDAD MEDIA.

II.

El timbre mayor de la escuela bizantina, es haber trillado el camino á la ojival. Desplegad su sistema, elevad su bóveda, aguzad su arcada, y vereis surgir como brotadas del suelo, aquellas aéreas catedrales, maravillas de la edad media, donde el espíritu del Cristianismo y el genio del arte, parecen haber agotado de consuno lo mas rico y florido de sus sublimes concepciones.

Aunque divergentes en los rasgos exteriores, visible es el enlace que sin solucion de continuidad media entre las varias secciones de ambos estilos, así en la arquitectura y la escultura, como en la pintura y demás artes decorativas.

La última, sin embargo, conserva menos ejemplares que las otras de semejante fusion, ya que por su indole mas deleznable desaparecieron con el trascurso de los siglos, ya que por la pobreza de la época tuvieron menos ocasiones de aplicarse, ya que blanco de especiales ojerizas, como la persecucion de los iconoclastas y la intolerancia de los árabes, etc., la ruina se cebase en ellas de una manera mas trascendental.

Otra razon hay á nuestro ver para explicar la carencia de monumentos pictóricos, y es que la pintura requiere sumo arte para su ejercicio. La arquitectura, la edificacion, radican en la geometria, brotan naturalmente de la agregacion de materiales; la escultura en cierto modo ya tiene un cuerpo, y la piedra ó el madero de que se forma, son masas tangibles, con relieve y basamento propio; pero el desnudo lienzo ó la tabla enjalbegada, son un blanco por cubrir, como si dijéramos un cuerpo vacío que el pintor debe llenar, un espacio al que solo la fuerza del talento podrá dar ser y vida, bulto y apariencia, todo ello con el debido arte para que resulte ilusion verdadera.

Ahora bien: ¿qué logros podia esperar el triste pintor de imágenes del siglo XI, careciendo como carecia de modelos, de direccion, de sistema, de teorías, de esperiencia y hasta de recursos materiales? Sin duda veía ante sí las muchas obras pseudo-bizantinas que durante los cuatro ó seis siglos primeros de nuestra era habiamos realizado, con frecuencia en grande escala; ¿pero qué alimento prestarian al genio deseoso de remontarse unas composiciones tan menguadas en el fondo, y tan desnudas de gusto como de genuino arte?

Hé aquí varios de los motivos, no siempre bien deslindados, por los que la pintura llegó al mas hondo abatimiento, salvas algunas localidades de Italia, justamente cuando sus mas dichosas hermanas, auxiliadas

(1) El pasaporte de un viajero que vaya y vuelva directamente de Madrid á Roma, ocasiona sobre 320 reales de gasto de refrendos; esto nos dispensa de molestar al lector, hablándole nuevamente de ese papelote, tormento del extranjero y salva-guardia del bandido.

entre otras cosas de oportunas agremiaciones, empezaban á crecer cual planta lozana que en breve debia desarrollarse con espléndida florescencia.

Efectivamente, durante los siglos XI y XII las artes plásticas avanzan con rapidez, y en el XIII gallardéanse ya en la plenitud de su pureza. La misma pintura, rota casi de golpe su filiación bizantina, consigue algunos medros, aunque bastardeada por los malos caracteres genuinos del gótico primario: líneas cortadas, formas angulosas, tirantez, frialdad, crudeza. En cambio el diseño es parsimonioso, el perfil acentuado, y hay tendencia al efecto, redondeando la composición. Los personajes, aunque lacios y desairados, no son tan incorrectos, ni de proporciones tan disformes, y en los rostros empieza á despuntar algun sentimiento.

De propósito hemos hecho una salvedad á favor de Italia, porque allí, ora se guardasen mas fielmente las tradiciones antiguas, ora se adelantase á su siglo la viva imaginación de los hijos de aquel privilegiado suelo, las artes consiguieron desde luego aventajadas proporciones, de modo que ya en 1270 daba lustre á Florencia el inaugurador de las escuelas italianas Juan Cimabue, célebre pintor de frescos, restaurador del buen gusto y maestro de Giotto, cuya primera obra, ofrecida á la admiración pública, motivó una gran demostración popular, siendo arrebatada y llevada en triunfo por las calles de la ciudad.

La época de verdadera gloria para el estilo ojival, así en la escultura como en las demás artes, así en Italia como en los otros países, es el siglo XIV. Templado ya el genio en el sacro fuego de las inspiraciones cristianas las obras de esta centuria llevan el sello de una fe ardiente, de un sentimiento candoroso, y perdónesen el término, de una especulativa poderosa y virginal, aun no conculcada por el frío racional de los escolásticos, que en los siglos XV y XVI imprimieron tan errónea dirección al movimiento intelectual de la edad media.

Inmenso singularmente es el progreso de las artes del dibujo, hace poco tan rezagadas, surgiendo quiera galanas y puras con una precisión y gracia que anchamente compensan ciertas ligerezas, hijas solo de la falta, aun irremediable, de estudios debidamente sistematizados.

¡Quién, ciñéndonos á la pintura exclusivamente, bastará á encarecer esas numerosas creaciones que un sin fin de artistas, anónimos los mas y cultivando el arte por el arte, sembraban por toda la haz de Europa en frescos, en retablos, en mosaicos, en vidrieras, en esmaltes, en donosísimas miniaturas, realzadas de azul y oro, prodigios de sutileza y paciencia, que son todavía la admiración de las gentes, el orgullo de sus poseedores y la gala de los museos!

Y no solo las recomienda el trabajo, sino tambien el concepto. Tal es entre otras cosas el misticismo de las imágenes de los siglos XIV y XV, que aun no se le ha logrado superar; de ellas los grandes maestros sacaron su mejor enseñanza; en ellas los modernos profesores siguen aprendiendo á traducir aquella uncion sublime y aquel elevado fervor de las almas beatas, cuyo modelo se busca en vano en medio de nuestras sociedades descreídas.

Bajo el aspecto fisionómico, ofrecen las mismas pinturas rasgos de sorprendente observación y verdad, y

mas elegancia á los ropajes, mas gracia á los pliegues y caídas?

En pormenores y accesorios alcanza asimismo cosas asombrosas; así, por ejemplo, de una armadura pueden contarse las mallas, de un bordado los puntos, de una pelliza las hebras, de una flor los pistilos y las hojas. La escarcela de la dama y el joyel del caballero, el sayo orfresado y la pontifical recamadura son verdaderos dechados de exactitud minuciosa, exactitud que á la vez se reproduce en muebles, chismes, adminículos y pequeneces de la naturaleza viva ó muerta, lo cual á su vez hace inapreciables semejantes pinturas bajo el punto de vista arqueológico.

El renacimiento en sus albores, prodigó bellezas del mismo género; pero reduzcámonos á justos límites. El arte de la edad media espira al asomar en el horizonte el espléndido astró de Urbino.

J. PUIGGARÍ.

VASCO NUÑEZ

DE BALBOA.

Este insigne personaje, á quien el descubrimiento del Nuevo Mundo prestó ocasión como á tantos otros para su engrandecimiento y fama, nació el año 1475 en Jerez de los Caballeros, de una familia pobre, pero hidalga. En sus primeros años fue criado de don Pedro Portocarrero; y deseoso de gloria y aventurarse alistó en una expedición que hizo Rodrigo de Bastida á América. Hallábase Balboa en la Española cuando Fernandez de Enciso fué á tomar el mando de aquella colonia en ausencia de Ojeda. El nuevo almirante partió en breve en busca de un compañero, prohibiendo que le acompañase ningun habitante de la Española que tuviese deudas. Balboa estaba comprendido en esta órden y no pudiendo solventarlas, ni privarse de correr los azares que le ofrecia la expedición, hizo que le embarcasen metido en una pipa, burlando así la vigilancia de Enciso. Cuando arribaron á Urabá despues de haber encajado la nave en un bagio, se vieron espuestos á las mayores calamidades, no siendo la menor el sinnúmero de flechas envenenadas que les disparaban enjambres de indios, que venian á ellos ansiosos de esterminarlos. Nadie encontraba salida en tan apurada situación, cuando Balboa presentándose al almirante le dijo que en el fondo del golfo de Urabá habia visitado con Bastida una población pequeña, cuyos habitantes no tenían costumbre de envenenar las flechas. Aprovechó el almirante el aviso, y siguiendo el golfo hallaron el Darien de que Balboa habia dado tambien noticia. A su desembarque, despues de vencer á un numeroso cuerpo de indios, fundaron una población á que dieron el nombre de Santa Maria la Antigua. Enciso carecia de prudencia y tacto para el mando; así es que en pocos meses que estuvo al frente de la administración disgustó, no



LA PLAZUELA DE LA PAJA EN MADRID.

ningunas otras quizá conciliaron con igual acierto los variados caracteres de las facciones humanas, la hermosura y la nobleza, al lado de lo grotesco y lo humorístico.

La parte anatómica ó sea de musculatura, aunque la menos recomendable por razones ya indicadas, despunta á veces tales lindezas, que no las desecharía el propio Miguel Angel: hay crucifijos y mártires en carnes, que dan compasión en su desnudez, miembros llagados que causan crispación de nervios, pieles rugosas que diríais sobrepuestas, y manos y piés que saltan del cuadro.

¿Qué otra escuela supo dar mas holgura á los paños,

que estuvo al frente de la administración disgustó, no

solo á los que le acompañaban, sino á los indios, alzándose una voz unánime en demanda de otro gobernador. Entre todos los españoles descollaba Balboa por sus prendas personales, capacidad y corazon. Se hallaba en la mejor edad, pues no habia cumplido treinta y cinco años. Era ágil de miembros, robusto, de airoso continente, de afable y ameno trato, y estas cualidades unidas á una intrepidez sin igual le granjearon pronto el aprecio y la confianza de todos, viendo en él el remedio que en vano pretendian de Enciso. Entre los amigos de Balboa, se contaban como los mas ardientes Juan Zamudio y Francisco Valdivia, quienes á la cabeza de los doscientos españoles, quitaron el gobierno á Enciso y aclamaron á Balboa. Tomó este el mando, y desde luego dió á conocer cuán digno era de él, pues en todas sus disposiciones presidia la prudencia y la templanza, viéndolas coronadas con el mejor éxito. Habia oido á los naturales que á seis dias de allí se descubria un mar inmenso hácia el Sur, pero que no se podria llegar á él sin llevar un ejército para vencer en la marcha á los poderosos caciques que le impedian el paso. Enumerar dificultades á un genio emprendedor como el de Balboa, solo sirvió para inflamar su ánimo y disponerle á una expedicion, que tenia mucho de maravillosa; así pues, reuniendo ciento noventa españoles, entre los que iba el inmortal Francisco Pizarro, mil indios de carga y algunos perros de pelea, se hizo á la vela en un bergantin y diez canoas el dia 1.º de setiembre del año



VASCO NUÑEZ DE BALBOA.

de 1513 para una de las expediciones mas grandes del Nuevo Mundo. Desembarcó en Coiba, en cuyo punto dejó alguna gente para guardar las naves, y emprendió la marcha por bosques nunca transitados, trepando por montañas escabrosas, atravesando pantanos y salvando torrentes que espantaban á los mismos indios. Los primeros caciques que encontró al paso, huian aterrados con su gente al ver por primera vez aquellos hombres y aquellas armas. Balboa procuraba detenerles, y

con agrado y demostraciones pacificas logró tranquilizarles, y supo aprovecharse de sus avisos para continuar la penosa peregrinacion. Hasta allí las armas solo habian servido de estorbo á sus soldados que ya llegaban á las montañas que forman la cabeza de los Andes, habiéndoles costado cuatro dias de fatigas sin cuento para andar diez leguas por aquel terreno. Un aguerrido cacique les salió al encuentro ordenada su gente en batalla y resuelto á no dejarles pasar. Balboa, que habia dejado muchos en-

do, pero no le puso á cubierto de la desgracia y el infortunio. El emperador Carlos V nombró á Pedrarias Dávila, gobernador del Darien, y habiendo llegado allá á tiempo que ya Balboa habia regresado de su expedicion, le mandó procesar y confiscó sus bienes; pero condolido el monarca le nombró adelantado de las provincias de Coiba y Panamá. Pedrarias, á instancias de algunos amigos de ambos, le habia dado una hija suya por mujer: pero á pesar de eso, el encono del nue-

Este insigne descubrimiento que algunos han comparado con el de Colon, hace de Balboa uno de los hombres mas célebres del Nuevo Mundo.

CARACTERES DEL ARTE.



FIGURINA CATALANA SIGLO XIV.



TRABAJO BIZANTINO ESPAÑOL, SIGLO XII.



ANGEL DE LA MUERTE.—PINTURA DE ORCAGNA, ITALIANO, SIGLO XV.

vo gobernador era cada vez mas grande, hasta que rompiendo por todo mandó procesar de nuevo á su enemigo, y sentenciado á la última pena, sufrió la muerte con resignacion cristiana cuatro años despues de su célebre descubrimiento. Los cargos principales que se le hicieron, se fundaban en el comportamiento que habia tenido con Diego de Nicuesa, gobernador que habia sido á las órdenes de Enciso, y á quien Balboa no habia querido entregar el mando de la provincia del Darien. La sentencia pronunciada, pues, contra tan insigne personaje, ejecutada en 1517, llenó de indignacion á todas aquellas comarcas. El gran Quintana hace de él este retrato. «Era alto, membrudo, de disposicion bizarra y agraciado semblante. La robustez de sus miembros le hacia capaz de cualquier fatiga y vencedor de los mayores trabajos. Su brazo era el mas firme, su lanza la mas fuerte, su flecha la mas certera. Iguales á las dotes de su cuerpo eran las de su espíritu, siempre activo, vigilante, de una penetracion suma, y de una tenacidad y constancia incontrastables. Pudo considerársele hasta la espulsion de Enciso como un faccioso artero y atrevido, que ayudado de su popularidad, aspira á la primacia entre sus iguales, y logra á fuerza de intrigas y de audacia desembarazarse de cuantos con mejor título podian disputarle el mando. Mas despues que se halló solo y sin rivales, entregado todo á la conservacion y progresos de la colonia que se habia puesto en sus manos, se le ve autorizar su ambicion con sus servicios, levantar su pensamiento á la altura de su dignidad, y con la importancia y grandeza de sus descubrimientos ponerse en la opinion pública casi al nivel de Colon.»

MANUEL JUAN DIANA.

RECUERDOS DEL ECLIPSE EN BILBAO.

(CONCLUSION.)

II.

Uno de los establecimientos científicos que gozan de mas crédito y merecida fama en Europa es sin disputa el real observatorio de Greenwich. Su historia, que abraza ya un período de poco menos de dos siglos, ilustrada por los trabajos incesantes de célebres astrónomos, le vale una autoridad que sostiene y acrecienta cada dia las observaciones que con instrumentos perfeccionados y método excelente se practican.

La idea que presidió á su creacion en el año de 1675 reinando Carlos II manifiesta el fin esencialmente práctico que los ingleses se proponen siempre en sus institutos y empresas. «Rectificar las tablas de los movimientos de los cielos y los lugares de las estrellas fijas para llegar á la tan deseada determinacion de la longitud en el mar y perfeccionamiento del arte de la navegacion.» Tal fue, segun el ilustre Flamsteed, su primer director—*Astrómer Royal*—el objeto del observatorio. Mr. Arago cuenta de este modo lo que dió ocasion á su establecimiento. «En 1675 habia en Londres un individuo llamado Mr. de Saint-Pierre protegido por una dama francesa que gozaba de mucho crédito en la corte. Mr. de Saint-Pierre creia haber encontrado un método para determinar longitudes. El rey lo hizo examinar por una comision compuesta, entre otros, de lord Browncker, sir Cristóbal Wren, sir Jonas Moore y Mr. Hooke. La comision se agregó á Flamsteed, á quien se confió particularmente la discusion del nuevo método. Flamsteed demostró claramente la insuficiencia de los datos que Mr. de Saint-Pierre tomaba de las tablas astronómicas de la época, y se abandonó el proyecto. Pero comprendiendo con esto Carlos II la necesidad de perfeccionar los catálogos de estrellas, decidió que se construyera inmediatamente á espensas del Estado un observatorio que se propusiera esencialmente aquel objeto, y que Flamsteed se encargara de su direccion. Al principio se pensó en establecerle en Chelsea ó en Hyde-Park, pero sir Cristóbal Wren, el célebre arquitecto de San Pablo, recomendó una colina situada en el parque de Greenwich. Adoptado su parecer, se puso manos á la obra sin tardanza.»

La riqueza, el bienestar, el poder de la Inglaterra dependen en mucha parte de la navegacion; perfeccionarla todo lo posible es su necesidad primera, y elemento preciso para ello poder determinar con exactitud la posicion de un buque en la mar.

El bien de la patria y el adelanto de la ciencia: hé aquí dos nobles ideas, cuya union feliz ha servido siempre de norte y estímulo á los trabajos de los astrónomos de Greenwich.

Flamsteed (1) fue el primero que comprendió la necesidad de practicar observaciones meridianas y con tal objeto estableció en 1685 un arco mural con cuyo auxilio pudo determinar el punto equinoccial, la oblicuidad de la

(1) Con gusto nos detendríamos á considerar los (trabajos) de su primer director Flamsteed, los no menos célebres de Halley, el amigo de Newton, y consagraríamos un recuerdo particular á Bradley, el descubridor de la aberracion de la luz y nutacion del eje de la tierra; indicando de paso el perfeccionamiento sucesivo de los instrumentos y de los métodos. Pero esto nos apartaría demasiado de nuestro objeto, y tenemos que pasar en silencio igualmente las tareas del Observatorio en la época de Maskelyne y Pond para decir algo de su estado actual.

eclíptica y otros datos fundamentales, que consignó en su *Historia celestis*.

Sucedióle en 1719 Halley, el amigo de Newton, que mejorando la práctica seguida estableció y usó un anteojo de pasos y un cuadrante de ocho pies ingleses de radio, muy ponderado, que dió luego excelentes resultados en manos del ilustre Bradley.

Este añadió nuevos y mas perfectos instrumentos al observatorio, reformó el plan general de sus trabajos, y sus observaciones, continuadas por espacio de veinte años, y admirables por su precision, que hoy mismo no se aventaja, le condujeron á sus dos interesantes descubrimientos de la aberracion de la luz y nutacion del eje de la tierra. En su tiempo se nombró un ayudante fijo para el observatorio, pero prefiriendo el interés de la ciencia al suyo propio, decia á la Reina, que en una visita á reenwich manifestaba la intencion de aumentarle el sueldo: «No hagais tal, señora, el dia en que el empleo de director valiera algo, ya no lo obtendrian los astrónomos.»

Las interesantes observaciones de Bradley han tenido dos comentadores ilustres: Bessel, que ha incluido las relativas á estrellas en su obra *Fundamenta astronomie*; y últimamente Mr. Airy, que ha discutido y publicado las planetarias sirviéndose de una copia, que le ha facilitado la universidad de Oxford, de los manuscritos originales que en ella se guardan cuidadosamente—

Bliss no alcanzó la larga vida que han gozado casi todos los astrónomos de Greenwich—circunstancia que ha sido muy favorable para la unidad y constancia de los trabajos.—Le reemplazó en 1765 el doctor Maskelyne que se habia distinguido mucho en la expedicion á Santa Elena para observar el paso de Venus por el sol, publicando á su vuelta la «Guía del marinero inglés,» libro de reconocida utilidad en su tiempo, cuyo plan continuó, siendo ya director del observatorio, con la publicacion del *Almanaque náutico*. Se dedicó especialmente á las observaciones de la luna para llegar á la resolucion del problema de las longitudes; mejoró las tablas de Mayer y bajo sus auspicios publicó Mason otra edicion corregida y umentada que ha servido de base á las modernas de Burckhardt—

A su muerte en 1812 fue nombrado director Mr. John Pond.—Realizando este el proyecto de su antecesor, reemplazó por círculos completos los arcos de los cuadrantes murales, con gran ventaja para las observaciones.—Montó tambien un buen anteojo meridiano, y de su época datan la organizacion ventajosa del observatorio que ha facilitado sus penosas tareas, y un largo catálogo de estrellas que ha merecido justo aprecio.—

Las personas que hayan visitado en estos últimos años el observatorio de Greenwich habrán admirado la ingeniosa perfeccion que se ha conseguido en los aparatos destinados á las observaciones, tanto astronómicas como meteorológicas, el orden con que se aprovecha en ellas el tiempo y el trabajo para obtener mas y mejores resultados, y el número de estos, sabiamente clasificados y con singular esmero conservados en su archivo; del cual decia Delambre que «si la ciencia astronómica desapareciera por completo del resto del mundo, allí quedaban elementos bastantes para rehacerla de nuevo.» Es preciso visitar la sala en que se reducen las observaciones, ver los penosos cálculos que sin interrupcion exigen y que se anotan en voluminosos cuadernos por los astrónomos que reparten metódicamente sus horas entre la guardia al pie del anteojo y las ocupaciones del pupitre, para apreciar debidamente las tareas del observatorio.

Allí rodeado de los astrónomos y ayudantes, presidiendo á todos los trabajos, regulador supremo de aquel ordenado movimiento, en una mesa sobrecargada de libros y papeles cuya índole diversa demuestra la variedad y muchedumbre de sus atenciones, se sienta el ilustre director actual Mr. Jorge Biddell Airy Esq.

Nacido en Alnwick, Northumberland, el año 1801, bachiller en artes de la Universidad de Cambridge el 23, admitido en la Sociedad de Filosofía, é individuo del colegio de la Trinidad, fue elegido cuatro años mas tarde, siendo ya maestro de artes, para la cátedra que estableció Newton; y en sus lecciones de filosofía experimental contribuyó al afianzamiento de la teoría óptica de las ondulaciones. Nombrado en 1828 profesor de astronomía por la muerte de Woodhouse, se encargó de la direccion del Observatorio de Cambridge, desde cuya época datan los trabajos especiales que le han dado nombradía. El profesor Airy se propuso completar las observaciones, computándolas inmediatamente para que pudieran servir desde luego al adelanto de la teoría; y el método que adoptó tanto en su práctica, como en el cálculo y publicacion, dió tan buenos resultados, que ha servido despues de modelo para el mismo Observatorio de Greenwich. Dirigió la colocacion de varios instrumentos nuevos, entre ellos la hermosa ecuatorial que los ingleses llaman de Northumberland, mejoró el plan de observaciones planetarias y formó un catálogo de setecientas veinte y ocho estrellas, elevando tanto la consideracion del Observatorio de Cambridge que hoy rivaliza dignamente con el de Greenwich.

De este fue nombrado, en 1835, director (astrónomo royal) que es como si dijéramos el título de primer astrónomo de Inglaterra. Su actividad verdaderamente sajona y el orden inteligente que ha establecido en el observatorio mantienen su reputacion á la altura de su antigua fama. Ha ideado y establecido un precioso anteojo

meridiano susceptible de una precision no conocida hasta ahora y un instrumento para tomar alturas y azimutes—*alt-azimutt instrument*—cuyo objeto principal es el estudio de la luna y correccion de las tablas de sus movimientos, continuándose asi la tradicion de Greenwich y el empeño que fue motivo de su fundacion; pues cuanto mejor se conozcan aquellos, con tanta mayor exactitud se podrán determinar las longitudes en el mar.

Mr. Airy ha inventado tambien un tubo zenital, reflector y aplicado á la ecuatorial de Sheepshanks un micrómetro de doble imágen para la medida exacta de pequeñas distancias, con cuyo auxilio se hacen excelentes observaciones de cometas y estrellas dobles. Bajo su direccion la seccion de magnetismo y meteorologia del Observatorio ha recibido importantes mejoras con el sistema de autografía fotográfica que tan felizmente ha aplicado Mr. Glaisher.

Los sabios ingleses, por mucho que se eleven en sus especulaciones nunca pierden de vista la tierra, y este sentido práctico da particular utilidad á sus obras. Mr. Airy se ha ocupado con éxito del modo de corregir las perturbaciones de la aguja á bordo de los buques de hierro y demostrado las crecientes relaciones de la ciencia con el comercio y la industria en la aplicacion que ha indicado de los telégrafos eléctricos á las observaciones astronómicas. Entre sus trabajos científicos merecen especial mencion los experimentos del péndulo en las minas de carbon de Harton, con objeto de determinar el peso del globo terrestre como medio de conocer las masas del sol, la luna y los planetas: problema complejo y difícil para cuya resolucion ha hecho mucho.

Se cita en Inglaterra con elogio su tratado de la gravitacion (escrito en 1837 para la «*Penny Cyclopaedia*»); y la Sociedad real de Londres, de la cual es miembro, ha adjudicado la medalla de oro á algunas de sus mas importantes investigaciones, entre las que debe señalarse su «*Cómputo de las observaciones de planetas hechas en el real Observatorio de Greenwich desde 1750 á 1830*,» obra que demuestra una laboriosidad y constancia á toda prueba y con la que ha puesto al servicio de la astronomía moderna el resultado de las útiles tareas de Bradley, Bliss, Maskelyne y Pond.

Mr. Airy, ademas de sus títulos ya mencionados, es vice-presidente de la Sociedad de Astronomía, miembro honorario del cuerpo de ingenieros civiles ingleses, socio corresponsal del Instituto de Francia y goza merecidamente de una reputacion europea. Demos, pues, gracias al eclipse de sol que nos ha proporcionado ia visita de un personaje tan eminente en la ciencia, y esperemos que las observaciones que ha tenido ocasion de practicar durante aquel contribuirán á la fama de su nombre y al adelanto de la astronomía, y á hacer por consiguiente mas agradable su recuerdo de la hospitalidad española.

III.

El dia 18 de julio amaneció nublado con gran sentimiento de los que habíamos esperado disfrutar del hermoso espectáculo del eclipse.—Sucedia este en las mejores condiciones, estando la luna próxima al perigeo y á poca distancia de su apogeo el sol; de suerte que siendo el diámetro aparente de este casi el mínimo y el máximo el de aquella, la duracion del eclipse total debia llegar por término medio á tres y medio minutos, faltándole por consiguiente muy poco para ser la mayor posible: al mediar el mes de julio, de ordinario despejado y sereno y á la hora del dia en que el sol brilla radiante á pocos grados del meridiano, completando la esplendidez de la fiesta celeste el concurso de casi todos los principales planetas, que se encontraban agrupados alrededor del sol; inmediatos á él Júpiter y Venus; mas al Oriente y con mayor altura Mercurio y Saturno formando un triángulo fácil de reconocer con Régulo, la estrella brillante del Leon. Pero en vano se disponia en la esfera esta decoracion magnífica si la niebla, constante habitadora de nuestras montañas, se obstinaba en privarnos de su vista, interponiéndose como pantalla importuna.

Felizmente al acercarse el mediodia fue mejorando el tiempo, y los que queríamos gozar del efecto pintoresco del fenómeno en el horizonte mas dilatado posible nos repartimos por las alturas vecinas con no poca estrañeza de las gentes del campo, que prestando fe ciega á las predicciones de *bueno ó mal tiempo* del calendario y á otros agüeros igualmente infundados, se negaban por un capricho de la ignorancia á creer en la realizacion del eclipse, cuyo anuncio estaba perfectamente justificado.

Desde nuestra *estacion* descubrimos un paisaje bellísimo. A nuestros piés se tendia la vega de Albia, sembrada de caseríos cuyas bien cultivadas heredades forman variedad de matices y figuras; mas allá el rio, cuyo curso caprichoso seguíamos con la vista hasta su desembocadura, animadas sus orillas por tantas casas blancas que parecen haberse formado en ellas para verle pasar, y á la otra parte el llano de Deusto, igualmente poblado, y la cordillera de Archanda de monótono aspecto que termina el cuadro por el Norte: por un lado las pintorescas ruinas de San Mamés y Capuchinos daban al paisaje la gracia severa que embellece los restos del pasado y ofrecian á la mente la imágen de una época que acaba; mientras al opuesto las máquinas de vapor que indican la direccion y trabajos del *túnel* en construccion, eran anuncio favorable de la época que empieza.

Bilbao, apiñada en su hoyo, nos anunciaba su presencia por el rumor de las calles y el humo de sus chimeneas, penacho flotante que quería cubrir la monotonía de los tejados. Al Oriente, veladas por la niebla se graduaban las alturas que terminan en la elevada de Gorbea, y el horizonte del Noroeste mas despejado nos presentaba una hermosa faja azul de mar y el perfil airoso del Pico Sarantes que se destacaba sobre las verdes colinas de Cestao y Munua. Por la parte del Sur desplegaba la montaña sus severos pliegues bordados de árboles hasta concluir en la pelada cuesta de Pagasarri.

Al marcar el reloj precisamente la hora anunciada por los astrónomos, el disco de la luna comenzó a sobreponerse al del sol: todos aplaudíamos al triunfo de la ciencia que tan exactamente ha llegado á conocer los movimientos de los astros y seguimos con vivo interés el aumento de aquella sombra que iba cubriendo la faz al padre del día. Hay en el hombre tal confianza en la constancia de la marcha y de la luz de este sublime regulador de la vida universal que aun el accidente pasajero que por un momento la altera produce extraña impresion en las personas mas familiarizadas con la explicacion de su causa.

Tal vez el sabio rey don Alfonso que se creia capaz de haber dispuesto mejor algunas obras del Creador, hubiera creido conveniente evitar los eclipses como un defecto que afea el grandioso mecanismo celeste, consecuencia necesaria del cruzamiento de las órbitas planetarias. Pero nosotros, que no somos sabios ni pretendemos dar lecciones al Supremo Artífice, vemos en los eclipses una clave que ha dado al hombre para llegar mas fácilmente al conocimiento de leyes importantísimas del universo y ocasion de útil adelanto para la ciencia.

El disco de la luna continuaba en su marcha y la luz iba disminuyendo sensiblemente, aunque las muchas nubes que cruzaban la atmósfera no permitian graduar bien esta diferencia. Pero se notaba que esa disminucion no era como la que procede de la oblicuidad de los rayos solares al terminar el día: la luz era pálida y triste, como si llegara al través de velos de crespon que iban espesándose por momentos.

La límula brillante del sol se reducía mas y mas: las sombras se condensaban á nuestro alrededor: la temperatura descendía de un modo apreciable: por fin, desapareció el último rayo: habia llegado el momento solemne.

Los que hayan visto aquel disco oscuro rodeado de una corona de luz pálida, no olvidarán nunca su imagen fantástica que parecia anunciar el trastorno del mundo físico. Los ojos se fijaban en ella como atraídos irresistiblemente y mas de una persona impresionable sintió correr por sus nervios un frío extraño.

Con un antejo de poca fuerza distinguíamos perfectamente en la parte superior del disco oscuro de la luna una hermosa «protuberancia» de color de rosa y carmin; lo que nos hacia esperar que los observadores provistos de buenos telescopios y aparatos fotográficos podrian hacer sobre esta curiosa particularidad del eclipse observaciones interesantes que adelanten algo el conocimiento, todavía tan oscuro, de la naturaleza física del sol.

La «corona» se componía de un anillo de luz blanca, pálida, sin alteraciones sensibles á la simple vista, terminado por irradiaciones irregulares.

Cerca del sol oscurecido brillaban Venus y Júpiter: las negras nubes que, contribuyendo poderosamente al efecto singular del cielo, cubrian mucha parte de él, no nos permitieron distinguir otros planetas. Al Oriente veíamos á Arturo.

Pero si en aquellos momentos la vista del cielo era en extremo interesante, no menos grandioso y dramático era el aspecto del paisaje. Al Norte resplandecía una débil luz pajiza semejante á la del alba; la noche habia descendido al valle, y el mar ofrecía un espectáculo imponente, espléndido, por el contraste de su color de plomo con el resplandor rojizo que iluminaba como un vasto incendio su horizonte. La oscuridad era tanta que distinguíamos á bastante distancia las luces en algunas casas y para ver la hora teníamos que acercarnos al reloj la que habíamos encendido.

Voces confusas se oían á lo lejos como si los hombres amedrentados clamaran por la vuelta del sol, cuando á poco mas de dos minutos de su total ocultacion, que nos habian parecido breves momentos, tal era la variedad é interés de las sensaciones experimentadas, brotó del disco oscuro un rayo blanco, diamantino, brillante, tan puro y luminoso como debió ser el primer destello de luz que alumbró al caos al fiat omnipotente del Creador. Un hurra unánime acogió su aparicion que nos hacia asistir al misterio sublime del nacimiento de los días; y la inefable armonía de las esferas se sentía con tal encanto en el fondo del alma que los ojos se llenaban de lágrimas.

Un observador curioso para apreciar el grado de oscuridad tuvo la buena idea de lanzar cohetes durante la fase total: sus luces aparecian brillantes y hermosas; pero estalló una en el momento de reaparecer el sol y quedó completamente oscurecida por la belleza imponderable de aquel primer destello.

Lo que restaba del eclipse tenia ya poco interés para simples observadores de lo pintoresco. Volvió la luz al cielo, la confianza al ánimo y poco á poco cada cual á su casa, no sin ponderar una y cien veces la belleza gran-

diosa del espectáculo presenciado, y del que las anteriores líneas darán muy imperfecta idea.

Después hemos oído hablar mucho de lo que se observó en los animales en aquellos momentos; pero tenemos formado tan buen concepto de la imaginacion de los observadores, que desconfiamos mucho de los resultados obtenidos. Un perro que nos acompañaba no dió la menor muestra de inquietud durante el eclipse, y hemos sabido que las aves del corral solo manifestaron aquellas señales con que suelen anunciar la aproximacion de una tormenta.

Ahora disputan ciertas gentes sobre las estrellas que vieron: quién dice cuatro, quién dice diez, y no dudamos que si á alguno le pisasen en el callo, veria muchas mas.

Al dichoso que presencié el revoloteo imprudente de un murciélago equivocado, se le señala con el dedo. Pero no entra en nuestro propósito ocuparnos de la parte cómica del eclipse.

Hemos oído decir que varios de los astrónomos que han visitado nuestro país se muestran muy satisfechos de su expedicion científica y del buen éxito de sus observaciones. Deseamos que á todos haya sucedido lo mismo, no solo por interés de la astronomía, sino tambien porque de este modo les será mas grato el recuerdo de España.— Nada hermana tanto á los hombres como la comunidad de trabajos cuyo objeto es de utilidad general: conduce al mútuo aprecio, haciendo olvidar las diferencias de raza y de costumbres; borra las injustas prevenciones que separan á los pueblos, siendo tantas veces ocasion de lamentables daños, y contribuye á estrechar mas y mas las relaciones amistosas, base la mas segura de su prosperidad y bienestar.

ADOLFO ACCIRRE BENGUA.

LO QUE YO BUSCO EN LA FERIA.

Para lucir las miserias
que guarda el mundo en su afán;
quiso nuestro padre Adán
que hubiera en el mundo ferias.

Y á esas ferias anualmente
la gente acude en tropel,
y yo á mi costumbre fiel
me voy donde va la gente.

Más ¡ay! en vano me ofusco
registrando aquí y allá;
todo en las ferias está,
menos aquello que busco.

¿Dudais? me podeis creer;
¿ignorais qué es lo que pido?
Pues aplicad el oído
porque lo vais á saber.

Yo busco una y otra tarde
tan pronto á pié como en coche,
mancebo que no tra-noche,
avaro que no se guarde:

Busco suegra sin malicia,
valiente sin vanidad,
men-ligo con humildad
y usurero sin codicia:

Busco amigo sin pasion,
extranjero sin futraque,
doncella sin miriñaque
y vieja sin vermellon:

Busco amor sin interés,
ambicion sin egoismo,
belleza sin coquetismo
y drama sin entremés.

Busco gloria que me aliente,
esperanzas que me halaguen,
acreedores que me paguen
y dicha que me contente.

Más ¡ay! que la cosa es seria,
cuanto yo busco y anhelo,
podrá existir en el suelo...
pero no sale á la feria.

Yo suelo hallar en Atocha
lo que el avaro codicia,
lo que el pobre desperdicia,
y lo que el rico derrocha.

Anteojos para no ver,
libros para no estudiar,
llaves para no cerrar,
platos para no comer.

Hallo ropas que teñir,
pinturas que restaurar,
colres que descerrajar
y puñales que fundir.

Hallo mangos sin sarten,
cucharas sin tenedor,
escopetas sin fiador
y gabanes sin saten:

Hallo lienzos desteñidos
y uniformes empolvados,
y retratos muy guardados
de originales perdidos.

Hallo historias que saber
secretos que adivinar,
enigmas que descifrar,
desengaños que aprender.

Y hallo al fin en ese centro
desde el ónice al pedrusco,
todo aquello que no busco,
y que sin embargo, encuentro.

Niñas que el suelo de Iberia
ornais con vuestros encantos,
si amais los recuerdos santos
nunca bajeis á la feria.

Ancianos cuyas pasiones
aun ponen al alma asedio,
la feria es el gran remedio
para matar ilusiones.

Allí en confuso tropel
bullen las viejas historias,
allí duermen vuestras glorias
ayer oro, hoy oropel.

Allí de antiguos amores
la historia os dirán á gritos,
flores y lazos marchitos
que fueron lazos de flores.

Y de ese sepulcro dentro
si os da por escudriñar,
quizá hallareis sin buscarlo
lo que yo busco y no encuentro.

MANUEL DEL PALACIO.

LA PLAZUELA DE LA PAJA.

La mayor parte de los habitantes de Madrid tienen formado un concepto muy indigno de la *Plazuela de la Paja*. ¡Ya se ve! generalmente se suele juzgar de las cosas muy de pasada y por la simple apariencia, y como la localidad á que nos referimos lleva un apellido tan humilde que raya en lo bajo y es de aspecto pobre y están muy raidos sus gloriosos atavíos!... Pero ello es que tiene títulos muy legítimos á la consideracion de nuestros convecinos y aun puede ponerse al nivel de los sitios históricos mas celebrados en conversaciones privadas y relatos oficiales.

La *Plazuela de la Paja* no escita la curiosidad universal ni goza del renombre á que es acreedora, porque no viste á la moda, ni la habitan sastres y bailarines; que si en su favor militase uno de esos accidentes, no le habia de faltar su biografía con el retrato en papel vitela y su correspondiente ojeada genesiaca y todas las circunstancias históricas de sus hechos: item mas, las consideraciones de cajon respecto á los probables servicios que andando el tiempo pudiese prestar á la madre patria.

¡Pues ahí es un grano de anís lo que de su infancia y mocedades podria contar á los vivientes la *Plazuela de la Paja*, y vaya si es saco de *idem* lo que de presente vale y sirve á pesar de su caducidad y retraimiento!

Y la que en sus tiempos fue plazuela principal y acaso la mas espaciosa de la villa; la que, digámoslo así, vió á Madrid tamañito y en mantillas (como que á tumbos y á saltitos no se atrevia á ir mas que desde Pañacio al Arco y desde Platerías á la Puerta de Moros); la que fue casi su madrina le sustentó palacios y le albergó varones de gran seso, fundadores de nobilísimas familias, unos por su pericia en los consejos, otros por su arrojo en las batallas; ¿habrá de ser tenida en menos que muchas añadadas callecitas de hoy día; cuyo único mérito consiste en prestados afeites? No señor, por vida nuestra, que seria fea complicidad el consentirlo.

La *Plazuela de la Paja*, aun hoy día sustenta y da la mano á mansiones profundamente venerables, después de haber sido cifra y modelo de suntuosidad, asiento de varones y congresos celeberrimos, y teatro de solemnes y terribles escenas.

Allí, apoyándose en fuertes murallones las casas de los Vargas y Castillas; allí moraron Coallas, Aguileras y Sandoval; allí Mendozas y Lujanes; allí se albergaron los reyes Fernando é Isabel, antes de que Madrid tuviese pujos ni menos ínfulas de córte. Aquel recinto tuvo albergue digno para el Cid Rodrigo de Vivar y para Hurtado de Mendoza, cuyo solemne bautizo, siendo padrino el rey Felipe III, fue ceremonia tan pomposa que mereció estamparse en las historias.

Pregúntele al minucioso estudiador de Madrid, don Ramon Mesonero Romanos, pregúntele las calles de hoy, tan presumidas y acicaladas, qué ha sido aquella *Plazuela uraña* y con trazas de pordiosera, y él les hará entender cómo merece ser tratada la buena viejecita, que á pesar de sus harapos tiene honra para dar á las mas ilustres y á pesar de sus achaques acaso sea la mas hacendosa y madrugadora de las plazuelas. Anden, y el *Curioso Parlante* les dirá como los ecos de aquel recinto repitieron la voz del cardenal tan soldado como político, el día en que mostrando sus cañones á los envidiosos grandes de Castilla les dijo: «este es mi diploma de gobernador;» él les dirá lo muy rico y muy bueno que en enterramientos, obras de arte y palacios ha tenido y tiene la *Plazuela* y su barrio y cómo y cuándo ocurrió allí el saqueo de las casas de Vargas; que tambien habia



BAILE DEL ELISEO MADRILEÑO.—RESTAURACIONES PRECISAS DESPUES DE UNAS HABANERAS.

su poquillo de saqueos en aquellos tiempos de «Dios, mi honor y mi dama.» Infórmense por menor de lo mucho que á la *Plazuela de la Paja* atañe y pertenece, y sabrán que dió cómodo y famoso albergue al Castelar del siglo XV, es decir, á Gonzalez Clavijo, «llamado el orador por su facundia;» hizo espléndido recibimiento á la desdichada doña Juana y á su hermoso marido; presenció el heroico arrojó de doña Juana Coello, y fue prision de Antonio Perez y sepultura de San Isidro.

Todo esto y mucho mas sabe el *Curioso Parlante* sobre nuestro tema...

Pero Madrid no solo ignora lo que fue la *Plazuela*, sino que tampoco sabe lo que es hoy día, y hoy día es un centro de contratacion, una especie de Bolsa donde los melones y naranjas hacen las veces de consolidado y diferida; donde andan listos y celosos los *tratantes*, especie de escrescencia muy parecida á los corredores no intrusos; donde se gana y pierde dinero, se vende y se compra, se despelleja al prójimo, se hacen negocios á plazos y al contado, se habla de la paz y de la guerra, de la lluvia, del granizo, de Luis Bonaparte, y de los consumos, se insinúan matrimonios, se... en fin, es una Bolsa de comestibles.

De noche, cuando están confundidos en la sombra los ángulos de los edificios y las bocas de las callejuelas inmediatas, allí todo es frío, viejo, triste; de cuando en cuando crujen las maderas, y cae ripio de unas ruinas que fueron palacio del duque del Infantado, y parece que se oye el quejido de algun edificio cansado de estar de pié nueve ó diez siglos. El sitio es elevado, el aire mucho, los alrededores laberínticos, montuosos y solitarios. En la *Plazuela* no hay mas que una tienda de comestibles, una de vinos y una barbería. Cuando las calles céntricas de la córte hierven en carruajes y gente de á pié, y son todo ruido y animacion, allí impera el silencio, acaso interrumpido por un perro vagabundo que procura acomodarse en un monton de pámpanos ó en el desecho tejido de una banasta inútil.

En cambio apenas deja de ser de noche, cuando el centro de Madrid está tranquilo; cuando solo transita por sus calles un jugador perdidioso, ó un nómada involuntario; entonces comienza la vida y la animacion en la *Plazuela de la Paja*.

Los que primero acuden son los químicos, es decir, los ambulantes vendedores de aguardiente que arriman á las paredes sus aguaduchos. A poco empieza el ruido monótono de ejes, esquilonos y ruedas, el acompasado choque de las herraduras amenizado con el estridente resbalar de las bestias de carga por aquellos altibajos, y las voces y dichos peculiares á la inmemorial profesion de la carretería y arriería. Asomando van como pueden por aquellos estrechos callejones, carros y mas carros, boricos, machos, y caballos siempre mas apreciables por

su laboriosidad que por su euritmia, y sobre ellos y entre ellos delante y detrás de ellos, los que los guian; unos á pié, tirando del ramal, otros ginetes aguijando á la cabalgadura con un poco del arre y un mucho de la vara; otros sentados en el carro y asomando un ojo por entre los pliegues de la manta que los envuelve, ó bien acostados cómodamente sobre un lecho de melones, y sin nocion alguna de lo que es superficie plana.

Van menudeando los dialectos á medida de los saludos, y una de las primeras escenas de aquella comedia es remojar la palabra, hasta los mudos y tomar la mañana, aunque la mañana deba tardar media hora en llegar á la plazuela.

Entre un poco de charla, unos pocos bostezos y otros tantos juramentos, á veces improvisados; entre comenzar la descarga y echar un cálculo sobre si lloverá ó hará buen tiempo, tomar un recado de la aguardentera ó dejarlo en una posada cercana, *velis nolis* sale el día y se ve allí una confusion, por extremo pintoresca, de tipos, trajes, arreos, vehiculos y productos de la tierra, que convida á la contemplacion y aun quizás al exámen práctico.

Acude gente de tierra de Castilla, de color sano, perfil bastante correcto, sencillo trato y mas bien ruda que otra cosa; acude gente de Valencia, con dos conversaciones, dos precios, dos criterios, dos burlas y dos diminutivos para cada cosa; acuden aragoneses tales como los pinta el refran, con unos puños que el refran no menciona, pero á fe que son para alabados, y acuden tambien no pocos mozos de Murcia, sin mas aderezo que el que les dió el Señor, esto es: listos como ardillas y conchudos como galápagos; que saben todo lo que en Madrid vale dinero, y son abonados para enseñar á escribir antes de aprender á leer.

Cuando llegan los compradores, ya está cada cual en su sitio, llenas las banastas, formados los montones, separado el género por categorías, segun su escelencia real ó aparente; preparadas las pesas y salpicado el conjunto de tal ó cual pilluelo que consagra las primicias del día á la fruta averiada, es decir, averiada *in extremis*; que á no ser asi, la fruta de Madrid no se prostituye.

Aquello es un mundo de naranjas, pimientos, tomates, granadas, melones, sandías, melocotones, peras, manzanas, quesos, uvas, albaricoques, patatas; todos los productos que caben en una estacion reunidos. Aquella plazuela es una gran nodriza que ni conoce á los que nutre ni es conocida de ellos.

Los compradores que asisten al mercado son tambien vendedores; toman el género de primera mano y al por mayor, y luego con una ligera variante en el testo de precios corrientes lo venden á los consumidores; asi como en las cátedras oficiales suele el maestro repetir en siete meses lo que ha aprendido en uno y paga el discípulo

una matrícula veinte veces mayor que el precio del libro que estudia.

Una vez reunidos compradores y vendedores, se puebla el aire de gritos y palabras cuya cantidad é intensidad van en aumento, hasta que ya no pueden mas los que toman parte en aquel gran *crescendo a tutti*.

Hasta las nueve de la mañana cuando menos dura el movimiento, la agitacion, el griterio, el correr uno en busca del tratante, el gritar otro que le presten la pesa de á libra, el llevar este á beber ó herrar una caballería, y —¡Oigasté, chavó, misté que yo diquelo fino y no vale guinal á la mosa!

—F... ¡otro que tal! y ¿asó que es, mestre?

¿Yo que y tinch que vore?

Y un voto redondo del castellano que echa de menos la manta, y la lleva su interlocutor debajo de la suya, y un requiebro vociferado desde lejos á una compradora y terminado con dos cachetes á otros tantos merodeadores, y todo lo que pueda caber en otra cualquiera plazuela, puesto de relieve por lo reducido del sitio y condensado por lo poco que allí dura la venta, pues como ya hemos dicho despues de las nueve mengua el movimiento y la animacion, á medida que desaparecen las mercancías; los cabizbajos cuadrúpedos vuelven á ser uncidos ó montados, la *Plazuela* queda sembrada de paja, pámpanos y desperdicios, y poco á poco se restablece el silencio y la soledad y vuelven á destacarse las severas paredes y vuelven á quedar solas las ruinas...

Durante el resto del día, son muy pocas las personas que atraviesan la *Plazuela de la Paja*, y de noche, se puede recomendar á los amantes de la soledad, las sombras y el misterio, aquel tranquilo y taciturno y apartado recinto.

El que ha presenciado las escenas de compra y venta entre los que surten la *Plazuela* y los revendedores, si aciertan á pasar á las altas horas de la noche por aquel sitio, acaso imagine que el crujir de las puertas de San Andrés y el eco que reproduce aquel ruido, sea un diálogo entre los antiguos edificios sobre el cambio de las costumbres y cosas humanas; pero si el transeunte sabe qué fueron y para qué sirvieron aquellas respetables moradas, vuelva á acordarse de todo su esplendor y fausto y acaso diga para sí: ¡Cuán olvidadas, y á cuán poco vinieron aquellas grandezas! ¡Quién sabe lo que serán las grandezas de hoy andando los siglos!

R. ROBERT.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG,
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.